

Hablando sobre paz, ¿actuando por la paz?

María Isabel Parra

Filósofa de la Universidad del Rosario. Coordinadora de la Cátedra Democracia y Ciudadanía del Instituto Para la Pedagogía, la paz y el Conflicto Urbano (IPAZUD) de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas¹. Correo electrónico: maripaco87@hotmail.com

Las cifras de muertos, secuestrados, desaparecidos y desplazados que se han dado desde hace más de cincuenta años y que en la actualidad se siguen dando en Colombia son, sin lugar a duda, lamentables. Hacemos parte de varias generaciones de colombianos y colombianas que nacieron en medio del conflicto armado; no hemos vivido un día en el que al encender el televisor, escuchar la radio o leer la prensa escrita no nos encontremos con una noticia desgarradora. Por todo lo anterior se podría deducir fácilmente que somos una sociedad que pide a gritos la paz.

Sin embargo, a la hora de hablar de nuestro papel en la construcción de un país en paz, la respuesta no parece ser clara. Queremos la paz, pero, ¿Qué somos capaces de hacer para conseguirla? y ¿Cuál es nuestro papel como ciudadanos en la realización de este sueño que parece inalcanzable?

Son muchos los sectores de la sociedad civil desde los cuales día a día emergen propuestas de paz; y la universidad, como ente social y político, no es ajena a estas propuestas. En la actualidad, debido a las negociaciones que se adelantan entre el gobierno y la guerrilla de las FARC, las apuestas por la paz (por lo pronto la paz armada) han tomado fuerza. Pero, hablar sobre paz y actuar por la paz son dinámicas que desafortunadamente no se corresponden completamente. Si bien la discusión académica es fundamental y a partir de ella podemos indagar cuál es el país en el que estamos y cuál el que queremos construir, no sobra preguntarse por nuestro aporte real como colombianos, y más específicamente como miembros de la comunidad educativa en la construcción de ese país soñado.

Teniendo en cuenta lo anterior, el presente artículo surge a partir de una duda funda-

¹ Para el primer semestre de 2013 la versión XVIII de la Cátedra llevó por título: La paz: el reto mayor en la construcción de país.



mental: ¿cuál es la función de la universidad en la construcción de la paz? Duda que a su vez genera una serie de incertidumbres, que más que resolver, queremos señalar.

Enfocándonos en nuestro contexto colombiano, y con el telón de fondo de las negociaciones de paz entre el gobierno y la guerrilla de las FARC, enunciaremos por qué es relevante hablar y actuar por la paz en este momento de la historia colombiana. Después analizaremos cuál es el papel de la educación en la construcción de la paz.

El camino de la paz.

La historia del conflicto armado colombiano es sumamente extensa y en ella podemos reconocer al menos cuatro periodos² a partir de los cuales las dinámicas y actores han ido cambiando. Si bien en los inicios del conflicto el gobierno nacional optó por tomar una posición de represión militar y en vez de negociar con los grupos insurgentes trató de acabarlos de raíz, con el paso de los años, del agudizamiento de la guerra y la propagación de las guerrillas, se dieron varios intentos de diálogo entre el gobierno y los grupos insurgentes a partir de los cuales se logró la entrega de armas y la reinserción de los excombatientes³. Con todo, y de acuerdo al análisis de Montaña:

la paz en Colombia se ha constituido en un propósito de difícil consecución. El conflicto armado debe su origen a múltiples razones y la solución negociada ha sido complicada debido a esa multiplicidad de causas y a varias razones de carácter interno (2008, p.9).

Los procesos de negociación que se han dado en nuestro país tienen varios matices y han estado dirigidos hacia diferentes grupos insurgentes y contrainsurgentes en diferentes contextos políticos. En cada uno de los casos, las partes se han sentado a negociar en diferentes condiciones y escenarios. No obstante podríamos decir con seguridad que en ninguno de estos procesos el Estado y la sociedad han podido garantizar que se construya socialmente la paz; es decir, se ha logrado en varias oportunidades la desmovilización y entrega de armas por parte de los insurgentes, pero la violencia estructural nunca ha cesado y, en la mayoría de los casos, las dinámicas del conflicto han mutado encontrando nuevos actores, estableciendo nuevas víctimas y nuevos victimarios.

En el siguiente apartado analizaremos brevemente algunas características de los procesos que se han dado en nuestro país para entender por qué, después de todos estos intentos, el conflicto armado continúa en pie.

Como elementos generales diremos que los procesos de negociación para conseguir la paz en Colombia han tenido como base, por una parte, un propósito de desmovilización y, por otra, un condicionamiento en la participación política de los insurgentes que dejan las armas. Esta simplificación de las negociaciones arroja varias consecuencias. A continuación analizaremos al menos dos de ellas a partir de las cuales pretendemos mostrar por qué las negociaciones que se están dando en este momento entre las FARC y el gobierno tienen algunas características que podrían llevarlas a feliz término.

Para empezar diremos que en muchas ocasiones las negociaciones de paz se han vuelto estrategia política y militar de alguna de las partes y por tal razón encontramos procesos en los cuales los negociadores no se sien-

² Grupo de Memoria Histórica (GMH), 2013.

³ Un análisis exhaustivo de los procesos de paz que se han dado en nuestro país se puede encontrar en: García, 2001.



tan a la mesa con intenciones simples y claras (entregar las armas, solucionar los problemas del país, lograr legitimidad política); más bien, utilizan la coyuntura de la mesa para: 1) acomodarse militarmente o 2) tomar la causa de 'la paz' y convertirla en eslogan político.

Siguiendo el análisis del Grupo de Memoria Histórica (2013), este fue el escenario que se vivió en los acercamientos entre las FARC y el gobierno de Belisario Betancur. Mientras que “Las FARC inscribían las negociaciones en su proyecto de expansión militar” (GMH, 2013, p.137) los partidos políticos “utilizaban la paz como bandera electoral sin asumir las reformas necesarias del régimen político” (GMH, 2013, p.137).

Otro claro ejemplo en donde los intereses militar y político de los alzados en armas y los representantes del gobierno se interpusieron al clamor por la paz de la mayor parte de la sociedad colombiana fue en las llamadas negociaciones del Caguán. En este caso la victoria en las elecciones presidenciales de Andrés Pastrana se basó en la promesa electoral de negociar la paz con la guerrilla de las FARC. El grupo insurgente, por su parte, utilizó estratégicamente la zona de despeje del Caguán para fortalecer su posicionamiento y mostrarle al país su poderío militar (GMH, 2013, p.165). Este escenario, sumado al poco interés de la clase política en acompañar el proceso y a la mala imagen que este fue adquiriendo para la mayoría de los colombianos, terminó en el rompimiento de los diálogos.

Procesos como los que se dieron en los gobiernos de Betancur y Pastrana en los cuales las negociaciones o acercamientos de paz se han quedado en meras estrategias militar y política, en donde “ambos actores desplegaban simultáneamente una lógica política y una lógica militar como una forma de hacer

la guerra en medio de la paz” (GMH, 2013, p.165) se convierten en un argumento sólido no sólo para los opositores a la salida negociada, sino para todos aquellos que si bien en un primer momento creyeron en la posibilidad de un acuerdo se sintieron burlados tanto por las guerrillas como por el gobierno.

Recapitulando lo anterior, uno de los problemas que han tenido diferentes procesos de paz es la inmersión de los diálogos dentro de estrategias políticas y/o militares rebajando el acercamiento mismo entre las partes a un mero medio para continuar con la guerra. Si bien es entendible que los procesos hagan parte de los intereses políticos y militares de cada una de las partes, y sería ingenuo pensar en un proceso de paz que no sea utilizado como ficha de ajedrez en los planes a mediano y largo plazo, nos parece importante resaltar cómo este hecho ha ido minando la confianza de los colombianos y, de cierta forma, ha deslegitimado la verdadera voluntad de paz de los negociadores.

Son muchos los problemas que podemos encontrar al analizar los procesos que se han llevado a cabo; con todo, queremos centrar nuestra atención en lo que consideramos una segunda simplificación no conveniente de lo que se entiende por 'lograr la paz' y es pensar que el fin del proceso es la reinserción a la vida civil y política de los insurgentes. La historia colombiana nos muestra con trágicas cifras cómo un proceso de reinserción sin un acompañamiento de toda la sociedad y sin las garantías de seguridad suficientes tiende a fracasar. El caso del asesinato de Carlos Pizarro del M-19 y el exterminio de la Unión Patriótica son dos de los ejemplos más relevantes de esta realidad.

Es entendible que los procesos de paz no pueden solucionar todos los conflictos de la sociedad y por ende sería irrisorio pensar



que con el sólo acto de entregar las armas la sociedad recibirá a los excombatientes sin pedir nada a cambio. Este punto pone en la mira una de las mayores encrucijadas de cualquier proceso de paz ¿cómo vincular a la sociedad al proceso? Por un lado, es dentro de la sociedad que surgen los conflictos, y por tal razón es entendible pensar que esta debe estar vinculada a la solución; pero, las dinámicas de las negociaciones son bastante complejas y mientras más actores estén sentados a la mesa pidiendo cada uno de ellos sus propias reivindicaciones el proceso se hará más complejo y tendrá más posibilidades de fracaso.

Así pues, una buena negociación debe garantizar no estancarse en una transacción de indultos y amnistías, sino ofrecer las garantías para la transformación de la realidad colombiana. La paz debe pensarse más allá de la entrega de armas, debe enmarcar la posibilidad de realizar los proyectos individuales y colectivos para la transformación social.

Estos, entre muchos otros, son los eslabones que poco a poco han ido tejiendo la historia de la guerra y el anhelo de la paz en Colombia. Si bien después del fallido proceso de paz del Caguán los esfuerzos del gobierno nacional se centraron en aumentar el pie de fuerza y disminuir militarmente a los integrantes de las FARC, y por ende la búsqueda de una solución negociada del conflicto parecía desaparecer totalmente de las intenciones del gobierno, la esperanza se reactivó con el inicio de los acercamientos en Oslo y la posterior instauración de la mesa de La Habana en agosto de 2012.

Son muchos y variados los análisis que se han dado desde el inicio de estas conversaciones y aunque no han sido pocas las dificultades ni las críticas hechas a los diálogos, hasta el momento el proceso sigue adelante.

Si bien el futuro de las negociaciones es incierto, podemos decir que a diferencia de lo ocurrido en el pasado los negociadores han llegado al menos a un acuerdo en el primero de seis puntos a negociar⁴; a finales del mes de mayo de 2013 los representantes del gobierno y las FARC dieron a conocer el primer acuerdo titulado “Hacia un nuevo campo colombiano: Reforma rural integral” el cual pretende devolverle al campesinado colombiano su lugar en el agro, democratizando el acceso a la tierra y brindando las herramientas adecuadas para estimular la producción agropecuaria.

Pareciera entonces que estamos viendo un momento histórico en el cual ambas partes de la mesa quieren firmar el acuerdo para la terminación del conflicto. De ser así sería adecuado pensar que las negociaciones de La Habana no son una simple estrategia político-militar de ambas o alguna de las partes⁵; ahora bien, en caso que se llegue a un acuerdo ¿cómo lograr, sobre la base del mismo, cambios estructurales en el país?

Si bien sabemos que la sola firma de un acuerdo general no traerá la paz a Colombia, a continuación pensaremos en ese escenario posible y nos preguntaremos por nuestro papel en el mismo. Es decir, parece que política y militarmente es un tiempo propicio para firmar un acuerdo para la terminación del conflicto con las FARC (y si las cosas siguen bien quizá también con el ELN). Ante este posible escenario ¿está preparada la sociedad colombiana para la paz?

Dar una respuesta a este interrogante excede nuestro propósito; intuitivamente po-

4 Para consultar la totalidad de la agenda de negociación ver: <http://www.indepaz.org.co/wp-content/uploads/2012/09/Acuerdo-general-para-la-terminaci%C3%B3n-del-conflicto-y-la-construcci%C3%B3n-de-una-paz-estable-y-duradera1.pdf>

5 Sin duda los diálogos hacen parte de la estrategia político-militar del gobierno y de las FARC; con todo, por los avances en el proceso no parecen reducirse a eso.



dríamos decir que si bien hay una porción amplia de la sociedad que dice estar de acuerdo con la reinserción de los excombatientes y hablan de una paz con justicia social, no podemos desconocer cómo otra porción de colombianos creen que un posible acuerdo sería un premio a las guerrillas y con ellas a todos los que no respetan el monopolio de la fuerza por parte del Estado.

Pensar en toda la sociedad va más allá de nuestro propósito; por tal razón, en vez de pensar en “la sociedad” queremos pensar en nosotros como miembros de la comunidad educativa y al hacerlo el cuestionamiento cambiaría. En vez de preguntarnos ¿está preparada la sociedad colombiana para la paz? nos preguntaremos: ¿está la comunidad educativa lista para la paz? O, con el fin de ser más propositivos: ¿Qué ha hecho la comunidad educativa para aportar a la paz?

Educación sobre la paz o Educación para la paz.

En el apartado anterior analizamos los que consideramos fueron dos de los principales problemas de las pasadas agendas de paz y mostramos cómo, a pesar de las dificultades, las actuales negociaciones en La Habana parecen enmarcarse en un escenario propicio para lograr un acuerdo. Ante este eventual acuerdo los análisis sobre los pros y contras de la agenda no se han hecho esperar, y la academia a su vez ha abierto varios espacios a partir de los cuales la sociedad ha conocido y discutido varios de los temas más álgidos de la negociación. Así, durante el primer semestre del 2013 se desarrollaron varios foros, seminarios, conversatorios y espacios académicos en donde la agenda de paz se convirtió en el eje central de reflexión.

Teniendo en cuenta lo anterior nuestra pregunta fundamental; a saber, ¿cuál es la función de la universidad en la construcción de la paz? adquiere más fuerza y nuevos sentidos. Hablar sobre la paz, conocer la historia del conflicto y entender sus dinámicas es un ejercicio interesante y apropiado, mas, ¿quiere decir que sea suficiente? Evidentemente es fundamental y necesario, pero ¿es la única función que debe desempeñar la academia? A continuación expondremos por qué creemos que no lo es. La academia debe educar para la paz; no solo teorizar sobre la necesidad de esta sino ser un verdadero escenario de construcción de paz.

Construir un país en paz es un proceso difícil e interminable; más aún, algunos académicos dirán que es casi imposible pues el conflicto es la base de las sociedades. Por tal razón, en el presente apartado nos concentraremos no en la función de la universidad en la construcción de la paz como ideal sino en el momento histórico que estamos viviendo en Colombia. Es decir, en el caso hipotético de firmarse un acuerdo entre la guerrilla de las FARC y el gobierno ¿Qué ha hecho y qué debe hacer la academia para acompañar el proceso?

Ya hemos nombrado lo que se ha hecho: seminarios, foros y otros actos de encuentro y discusión académica. Pero, si esto no es suficiente, entonces ¿Qué más se debe hacer? Según Victoria Fontan (2013), los colegios y las universidades no sólo deben hablar sobre el proceso de paz sino ser agentes de paz. Así pues, una educación para la paz supondría educar a los estudiantes con valores diferentes a los del conflicto.

Teniendo en cuenta este postulado, para el caso colombiano, una educación para la paz debe centrarse en desmontar las dinámicas del odio que llevamos a cuestas hace tantos



años. Llevar como bandera el valor de la vida y cambiar el discurso de amigo-enemigo por el discurso del perdón. De no hacerse, ¿Cómo asegurarle a los desmovilizados que no volverá a ocurrir otro exterminio como el de la Unión Patriótica?

Después de tantos años de desintegración social los colombianos debemos estar listos para perdonar y educar para que nunca se vuelvan a repetir las barbaridades de la guerra. ¿Cómo hacerlo? la respuesta está en continua construcción; solo diremos que una educación para la paz debería poder acercar a los estudiantes a la realidad de nuestro país, haciéndolos sentir que pertenecen a ella, no solo como espectadores sino como actores de cambio.

Así, educar para la paz es educar para perdonar, para sentir la realidad como propia, no sólo analizando los acontecimientos como hechos académicos sino como hechos que en verdad nos interesan y nos tocan como colombianos; en palabras de Lederach:

Para que por lo menos sea apropiada y relevante en el conflicto contemporáneo, la construcción de la paz debe estar arraigada en las realidades subjetivas y empíricas que determinan las necesidades y expectativas de las personas y responder a esas realidades (2007, p.58)

Por tal razón debemos sentir la construcción de la paz como algo propio sobre lo cual podemos trabajar.

De nada servirá la firma de un acuerdo si la sociedad no apoya el proceso, no sólo refrendando lo acordado sino sintiéndose parte de ello. Lograrlo no es tarea fácil, más aun cuando por tanto tiempo se nos ha educado para ver el conflicto entre buenos y malos, apoyando a los buenos y odiando a los malos. Sin embargo, el esfuerzo debe seguir dándose, reconociendo nuestro papel en la construcción de un mejor país, hablando sobre paz pero sobre todo actuando por la paz.



Referencias bibliográficas:

- Acuerdo general para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera. Recuperado de: <http://www.indepaz.org.co/wp-content/uploads/2012/09/Acuerdo-general-para-la-terminaci%C3%B3n-del-conflicto-y-la-construcci%C3%B3n-de-una-paz-estable-y-duradera1.pdf>
- Fontan, V. (2013). ¿Cómo debe ser la educación durante un proceso de paz? *El país.com.co* Recuperado de: <http://www.elpais.com.co/elpais/colombia/noticias/como-debe-ser-educacion-durante-proceso-paz>
- García, M (2001, Diciembre). Veinte años buscando una salida negociada. Aproximación a la dinámica del conflicto armado y los procesos de paz en Colombia 1980-2000. *Controversia*, 179, pp.11-41.
- GMH. (2013). *Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. Informe general grupo de memoria histórica*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Lederach, J (2007). *Construyendo la paz. Reconciliación sostenible en sociedades divididas*. Bogotá: Códice.
- Montaña, T. (2008). *Participación y paz*. Bogotá: Indepaz.

